

PONCE Y LOPEZ BUCHARDO

Dos grandes pérdidas para la música americana

HALLANDOSE en las prensas el número anterior de nuestra Revista, nos llegaron las noticias de la muerte de Manuel Ponce en México y de Carlos López Buchardo en la Argentina. Ambos músicos se contaban entre los valores de la música de América consagrados por una labor fecunda. Pertenecían a la generación de aquellos artistas que, surgidos en la linde del Romanticismo, hubieron de hacer frente a un mundo caótico: en Europa, por la liquidación de las fórmulas, ya en decadencia, de aquella época tumultuosa; en América, por la pugna entre una etapa colonial,—también en el arte e incluso en éste más prolongada,—y la que surgía para afirmar las personalidades de las nuevas naciones. Los problemas planteados entre la «música pura» y la «música con programa», la oposición entre el nacionalismo a la romántica y el más auténtico que impulsó el impresionismo francés en España y en los países latinoamericanos; multitud de conflictos que para nosotros no han presentado virulencia, se agitaban entonces con extrema pasión. La obra de Ponce y de López Buchardo navegó en sus comienzos por esas sirtes y supo imponerse con un sello inconfundible, prestando así una contribución de la mayor importancia al desarrollo de la música posterior de México y de la Argentina.

* * *

Manuel Ponce nació en la ciudad de México el 8 de Diciembre de 1886. Desde muy niño ofreció muestras de un rico temperamento musical. A los siete años escribió sus primeras composiciones, algunas de ellas, fechadas en 1893, muy significativas.

Después de sólidos estudios realizados en su ciudad natal, Manuel Ponce fué pensionado para continuar su carrera en Italia. Contaba entonces dieciséis años y, no obstante tan temprana edad, el Conservatorio de Bolonia no podía ofrecerle las soluciones que anhelaba para su arte. No tardó en trasladarse a Alemania, donde perfec-

cionó sus estudios de piano con Martín Krauss, a la vez que ampliaba sus conocimientos de la composición con diversos maestros, en un ambiente mucho más avanzado que el italiano. Al regresar a México, obtuvo las cátedras de Piano y de Composición en el Conservatorio y fué encargado de dirigir la Orquesta Sinfónica recién formada en aquella capital.

En 1925, Manuel Ponce volvió a trasladarse a Europa, esta vez a París. Reside aquí nueve años, durante los cuales escribe muchas de las obras de mayor relieve en su producción. Admirador de Paul Dukas desde hacía algún tiempo, asiste a sus cursos de la Escuela Normal y rehace su propia técnica en contacto con la del gran músico francés. Regresó Ponce a México en 1934. A partir de este año habita en la capital federal dedicado a la composición y a sus funciones de profesor. Si se ausenta de la ciudad, es por cortos plazos; ya dentro del país, para recoger los materiales folklóricos de que fué un tenaz estudioso; ya a otros países americanos para dar a conocer sus obras. En Chile, Manuel Ponce estuvo por última vez en Noviembre de 1941. Dirigió uno de los festivales panamericanos organizados entonces por el Instituto de Extensión Musical, concierto consagrado en su integridad a obras del ilustre visitante.

Entre otras composiciones de menor importancia, Manuel Ponce es autor de las siguientes: Tríptico para gran orquesta; Interludio Sinfónico; Chapultepec, tres bocetos sinfónicos; Poema Elegíaco; Ferial; Concierto para piano y orquesta; Concierto del Sur para guitarra y orquesta y Suite en Estilo Antiguo. Para conjuntos de cámara, Ponce escribió un Cuarteto de Cuerdas, dos Tríos con piano, una Sonata para violoncello y piano, una Sonatina para violín y numerosas piezas para canto y piano y para piano solo.

Folklorista intuitivo y paciente, Manuel Ponce ha sido uno de los primeros músicos mexicanos que dedicó un esfuerzo constante a la búsqueda y recopilación de la música popular de su país. En muchas de sus composiciones hizo uso de materiales folklóricos, dentro de una estilización post-impresionista.

* * *

Carlos López Buchardo, nacido en Buenos Aires en 1881, desarrollo una amplia labor en el ambiente musical argentino tanto como creador de música, en gran parte consagrada al teatro lírico, como animador de las actividades musicales más diversas. En este aspecto se destaca singularmente su participación en la Asociación Wagneriana. Desde 1916 desempeñó diversos cargos en esta Asociación, que fundara en 1912 Ernesto de La Guardia. A la Wagneriana y a López Buchardo cabe el honor de haber impulsado la mayor parte de los acontecimientos decisivos en el desarrollo de la música contemporánea argentina. López Buchardo fué designado presidente de la Asociación Wagneriana en 1916 y hasta su muerte la prestó todo el entusiasmo de su generoso espíritu. Bajo las sucesivas presidencias de López Buchardo, que cubren un período de treinta y dos años, la Asociación Wagneriana se ha distinguido como uno de los hogares más amplios y mejor orientados de la música clásica y moderna en el continente americano. Los maestros de mayor renombre, europeos y americanos, han participado en los conciertos auspiciados u organizados por ella.

Como compositor, López Buchardo ocupa un lugar indisputable en el nacionalismo musical argentino. Son las esencias del folklore criollo las que, unidas a una dúctil técnica, alientan en obras como las Escenas Argentinas para gran orquesta, ejecutadas en 1922 por Félix Weingartner, en Perfiles Criollos para piano, en las tres Canciones Argentinas o en las seis Canciones en Estilo Popular para voz y piano. Incluso en la temprana ópera Sueño del Alma, que se diera en el Teatro Colón hacia 1918, el poematismo romántico se alía con giros folklóricos y notas de ambiente que en sustancia son argentinos.